

acabóse la cosa ya casi de noche, habiéndose comenzado no mucho después de mediodía, á lo que me parece.

»Todo computado, parece que han sido más abatidos los herejes esta vez que la otra precedente; porque entonces hicieron luego sentar los ministros y estuvieron en pie los católicos doctores. Esta última vez, habiendo hablado en ello el legado por recuerdo de nuestro Padre, fueron primero introducidos los doctores católicos, y les hicieron sentar á todos, y los heréticos en todo el primer razonamiento de Beza y Pedro Mártir estuvieron en pie; después les hicieron sentar. También los doctores han sido más animosos á hablar de la verdad católica (especialmente después que habló nuestro Padre), y los heréticos, aunque no se hayan rendido, hase podido ver más fácilmente que el otro día, cómo se convencían.

»Si quiere saber V. R. cómo se tomó aquella libertad con que nuestro Padre habló, sepa que á los herejes desplugo mucho, que lo tengo por buena señal. Á los doctores que estaban cerca de mí y les veía cuasi jubilar de que se dijese aquellas verdades, que los buenos hombres por algunos respetos no osaban decir. Á la Reina entiendo que le escoció un poco; pero creo le ayudará, porque dicen que no se hallará más presente á las conferencias. Cuanto á la otra gente de los asistentes, lo que yo oyo es, que todo lo dicho les pareció gran verdad y las cosas muy convenientemente dichas; pero algunos todavía sentían que fuese mucha la libertad, otros que fuese de Dios, y que así era menester. Dios nuestro Señor se sirva de todo. La primera congregación se ha intimado para el miércoles: que bien no se cumplió lo que dijo el Cardenal de Lorena, de no los oír más» (1).

Hasta aquí la relación de Polanco. En Roma hubo mucha alegría por este discurso de nuestro P. Laínez. Véase cómo anunciaba la nueva Juan Andrea Caligari al obispo Commendone: «Han llegado noticias de Francia, que el Cardenal de Lorena en una asamblea ha pronunciado un hermoso y prudente discurso contra Beza, alumno de Calvino, y el mismo Beza y Pedro Mártir han quedado al parecer convencidos. El P. Laínez ha hecho obras estupendas en presencia de la Reina y del Rey, y les ha predicado libre y sinceramente la palabra de Dios, con grandísima satisfacción de todos los católicos» (2).

(1) *Epist. P. Laínez*, 1542-1576. 27 Setiembre 1561. El texto del discurso pronunciado por Laínez puede verse en Grisar, *J. Laínez Disputationes Tridentinae*, t. II, p. 94.

(2) *Sono venute nove di Francia, che il cardinale di Loreno in una asamblea ha fatto una bella et prudente oratione contro il Beza, allievo del Calvino, et esso Beza*

Gustó tanto el discurso, que se lo hicieron escribir á nuestro Padre en italiano, como lo había pronunciado, y el Cardenal de Ferrara mandó traducirlo al francés y repartió muchos ejemplares entre los nobles y hombres doctos de París. Á pesar de este arranque generoso, que pudo considerarse como un esfuerzo aislado y una proeza personal de Laínez, no cambiaron de rumbo las cosas, ni se produjo ningún efecto durable en la contienda con los herejes.

Ya que en el coloquio de Poissy y en públicas conferencias no era posible conseguir grandes ventajas, aplicóse Laínez á hacer lo que podía por medio de conversaciones particulares. Visitó á la Reina Catalina de Médicis, conferenció privadamente con muchos nobles, sobre todo con el Príncipe de Condé (1), procuró desvanecer los errores que sembraban los calvinistas, y exhortaba á todos á permanecer firmes en la verdadera fe. Poco fruto se recogió de las diligencias hechas por nuestro Padre. ¡Con cuán tristes palabras anuncia el mismo Laínez á Salmerón el éxito mezquino de sus trabajos! «En las cosas de acá, dice, aunque hay buena voluntad de reparar el mal y se toman los medios que parece pueden servir para ello, no deja de cundir esta peste, y ya se ve que en París, sin ser castigados, predicán los herejes en no sé cuántas casas con harto auditorio, aunque no en las iglesias.... De nosotros lo que puedo decir es, que el trabajo es ver perder las ánimas y parecer que se podrían remediar, y ver que los que tienen las manos en la masa, por tener otros pareceres ó voluntades, no se dan maña; que parece clara señal de la ira del Señor» (2).

Al mismo tiempo y con el mismo acento melancólico escribía el P. Polanco otra carta, en la cual nos suministra algunos datos más sobre los trabajos de Laínez en París. Dice así: «En lo que nuestro Cardenal legado tiene que consultar, trátalo con nuestro Padre á las veces; pero esto es poco, y de ello no se ve que salga mucho fruto; como, v. gr., le encomendó que escribiese sobre el comunicar [comulgar], *sub utraque specie*, lo que sentía. Escribiólo diligentemente

*et Pietro Martire sono restati come convinti. Il P. Laínez ha fatto opere stupende in presentia della regina et del re, et gli ha predicato liberamente et sinceramente la parola d'Iddio con grandissima consolazione dei cattolici.* Arch. sec. Vaticano. *Lettere dei Principi*, t. XXIII, f. 38 vto. *Giovanne Andrea Caligari al vesc. Commendone*. Roma, 18 ottobre 1561.

(1) Puede verse un resumen de las razones que le dijo, en Sacchini, *Hist. S. J.*, P. II, l. I, núm. 213.

(2) *Epist. P. Laínez*. París, 26 de Noviembre de 1561.

y leyóselo, y no hubo más que tanto. Otra vez le encomendó que escribiese de la real existencia del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en la Eucaristía, y lo fundase por los Padres de los primeros quinientos años, porque esta gente les da más crédito que á los modernos. Hízolo, y aquí nos lo tenemos, que no se ve que se haya aplicado á ningún efecto. Otra vez se le dieron las determinaciones de la asamblea que se hizo en Poissy, para que escribiese su parecer. Escribióse diligentemente, y también se nos quedó en casa después de leída al legado; y así de otras cosas, que aunque el dicho ilustrísimo legado tenga bonísima voluntad, debe de ser el terreno tan malo de cultivar, que se hace poca impresión en él» (1).

En el Adviento de este año 1561 lanzóse Laínez á predicar en París. Algo temía Polanco no le prohibiesen pasar adelante en sus sermones, porque, como dice en la carta anterior, «en predicando con un poco de fervor y celo, luego hay gente que dice que su predicar es para mover sedición en el pueblo, y así se les vieda, como se vedó en Tolosa al P. Pelletario [Pelletier], nuestro, y á otros dos que han hecho bien el oficio de predicadores católicos». Gracias á Dios no sucedió el contratiempo que temía Polanco, y nuestro Padre pudo predicar libremente todo el Adviento. Predicaba al principio en italiano, pero como vió que el vulgo no le entendía, quiso hacerlo en francés, aunque ya hacía veinticinco años que no usaba esta lengua. Para refrescar la memoria de ella y ensayarse con menos peligro, hizo algunas pláticas en francés en un convento de monjas. Vencida algún tanto la dificultad del idioma, predicó animosamente en la lengua del país. No dejó de recoger algún fruto, pues varias personas inficionadas de herejía abjuraron sus errores, movidas por la predicación de nuestro Padre (2).

Mientras de este modo trabajaban Laínez y Polanco por sostener la fe en la capital de Francia, ocupábanse también, como se deja entender, en los negocios particulares de la Compañía. La gran ventaja que por entonces se consiguió fué vencer por fin la resistencia del Parlamento y obtener el deseado reconocimiento oficial de la Compañía en Francia. Como ya insinuamos, después de nueve años de resistencia había el Parlamento remitido este negocio al coloquio de Poissy. Ya que se obtuvo la aprobación de los Obispos en los tér-

(1) *Epist. P. Polanci*. San Germán, 25 de Noviembre de 1561.

(2) Sobre los ministerios de Laínez en París, véase la carta cuatrimestre escrita el 1.º de Enero de 1562, en *Epist. Galliae*, II, f. 12.

minos que vimos arriba, tratóse de hacer valer este acto para llegar al reconocimiento definitivo de la Compañía. El 14 de Enero de 1562 el P. Poncio Cogordan presentó al Parlamento la decisión tomada el 15 de Setiembre anterior por el coloquio de Poissy, y rogó que fuese registrada esta aprobación y reconocida la Compañía en los Estados del Rey cristianísimo. Un mes duraron las deliberaciones sobre esta demanda. Por fin el 13 de Febrero ordenó el Parlamento que fuese registrada la aprobación dada por la asamblea de Poissy, y que la Compañía de Jesús fuese reconocida como sociedad y colegio, que se llamaría colegio de Clermont, con las condiciones y circunstancias puestas en la misma aprobación. Ordenaba, además, el Parlamento que los testamentarios del difunto Obispo de Clermont, Guillermo de Prat, entregasen á la Compañía todos los bienes y rentas que éste les había legado, con la condición de que se empleasen en la erección de colegios (1).

Alegróse Laínez con esta concesión, y aunque veía bien los términos limitados y las circunstancias mezquinas con que se reconocía á los Nuestros, sin embargo, esperando que la providencia de Dios protegería á sus siervos, trató de hacer todo lo posible en el terreno en que se le permitía obrar, que era el de la enseñanza, y dispuso formar en París un colegio que correspondiese á la importancia que tenía aquella célebre universidad. Mandó, pues, al P. Cogordan buscar un vasto local, donde se pudiera levantar el proyectado colegio. Estaba entonces en venta un edificio considerable en la calle de Santiago, el cual, por haber pertenecido largo tiempo al Obispo de Langres, solía designarse vulgarmente con el nombre de *Cour de Langres*. Puso los ojos el P. Cogordan en este edificio, y habiéndolo visitado Laínez y Polanco, lo juzgaron oportuno para el fin que se pretendía. Hízose luego la compra, y habiendo pagado el edificio con los bienes legados á la Compañía por el difunto Obispo de Clermont, aplicóse el P. Cogordan, con la actividad que le distinguía, á ejecutar las transformaciones necesarias, para trasladar allí el modesto colegio que hasta entonces teníamos en París.

Mientras de este modo trabajaban Laínez y Polanco en la capital de Francia, tratábase en Roma de enviarlos al concilio de Trento con el P. Salmerón. Tampoco este negocio entusiasmaba mucho al P. Laínez, pues la experiencia de las dificultades ocurridas en Francia le hacía pronosticar tristemente acerca de la continuación del

(1) Du Boulay, *Hist. Universitatis Paris*, t. VI, p. 582.

concilio. He aquí cómo se expresaba en carta al P. Salmerón: «El misterio de nuestra ida al concilio temo que sea, que mueren allá por él, como gavilán por rábanos, y así podrá ser que piensen de darle una zancadilla, *ut moris est*. Y ya que no se la den, creo que el demonio no se huelga mucho con quien corta derecho, sin perdonar á los errores ni á los abusos, y antes se huelga con quien todo lo emplasta. Como quiera que sea, nuestro es rogar á nuestro Señor que mueva al Papa á hacer lo que más conviene » (1).

La reunión del concilio de Trento caminaba con la lentitud de las otras veces. En los primeros meses de 1562 iban afluendo Prelados y teólogos. Cuando se significó á nuestro Padre la voluntad del Papa, de que se hallase en el concilio, dispuso su jornada, la cual se retrasó un poco por esperar al P. Nadal, que, terminada la visita de España, había entrado en Francia por Abril de 1562. Habiendo visitado brevemente dos colegios que tenía la Compañía, uno en Tolosa y otro en Rodez, por fin juntóse Nadal con Laínez en París. Allí le dió cuenta minuciosa de todo lo ocurrido en España, y luego, en presencia del P. General, hizo la visita del colegio de París, como acostumbraba hacerla en todas partes (2). Cuando la hubo terminado, salieron Laínez y Nadal para Bélgica el 8 de Junio.

El P. Polanco, en una carta á San Francisco de Borja, describe minuciosamente todos los pasos de este curioso viaje (3). Deseaba el P. General pasar por Flandes y Alemania para abrir de lleno á la Compañía la libre entrada en aquellos países, donde aun encontraban los Nuestros algunas dificultades que embarazaban su total establecimiento. Nadal debía visitar todas nuestras casas en las mismas regiones, como lo había hecho en España. Llegados á Tournay, quedóse Nadal para visitar el colegio que allí teníamos, y pasó Laínez á Bruselas, donde esperaba verse con D.<sup>a</sup> Margarita, gobernadora de los Países Bajos, y con los principales señores del país. Halló buena acogida en la hermana de Felipe II, que, como había sido algún tiempo confesada de San Ignacio, conservaba siempre buen afecto á la Compañía.

También visitó á los consejeros Granvelle y Viglio, que eran los dos hombres más influyentes en el gobierno de Flandes. Uno y otro

(1) *Epist. P. Lainez*. París, 31 de Diciembre de 1561.

(2) *Epist. P. Nadal*, t. II, p. 95. Es curioso lo que dice Nadal, que el P. Lainez asistió algunas veces á sus pláticas.

(3) Polancus. *Epist. Lainez*. Trento, 15 de Agosto de 1562.

recibieron cortésmente á nuestro Padre y le prometieron favor, aunque no se podía fiar mucho de sus promesas, sobre todo de las de Viglio, tan fecundo siempre en objeciones jurídicas contra el establecimiento de la Compañía. Por entonces hicieron Laínez y Polanco una breve excursión á Amberes, y se vieron con el Arzobispo de Cambray, que desde muy atrás pedía un colegio de la Compañía para su ciudad. Concedióselo Laínez, remitiendo á Nadal el cuidado de la ejecución. Dirigióse después á Lovaina, de allí á Lieja, y, por fin, el día de San Pedro entró en Colonia, donde era muy esperado, no sólo por los Nuestros, sino también por nuestros grandes amigos, los cartujos. Á instancias de su devotísimo prior, Gerardo Hammont, fué un día el P. Laínez á comer con ellos, y después les hizo una plática en latín, con la cual recibieron especialísimo consuelo.

De Colonia se encaminó á Tréveris, cuyo Arzobispo le prodigó singulares muestras de amor y respeto. Arregló allí algunos asuntos de nuestro colegio, remitiendo lo demás al P. Nadal, que llegaría después de visitar los Países Bajos, y luego se dirigió á Maguncia. El día de Santiago estaba en Ulma. De aquí, pasando por Spira, Ingolstadt, Munich é Inspruck, se dirigió á Trento, donde entró con Polanco el 13 de Agosto de 1562.